

LOS ARCHIVOS DE VAN HELSING

Primera edición, octubre de 2019 - 4ª reimpresión, julio de 2020

© Xavier B. Fernández, 2019

© Del diseño de cubierta e ilustraciones: Rebombo Estudio

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

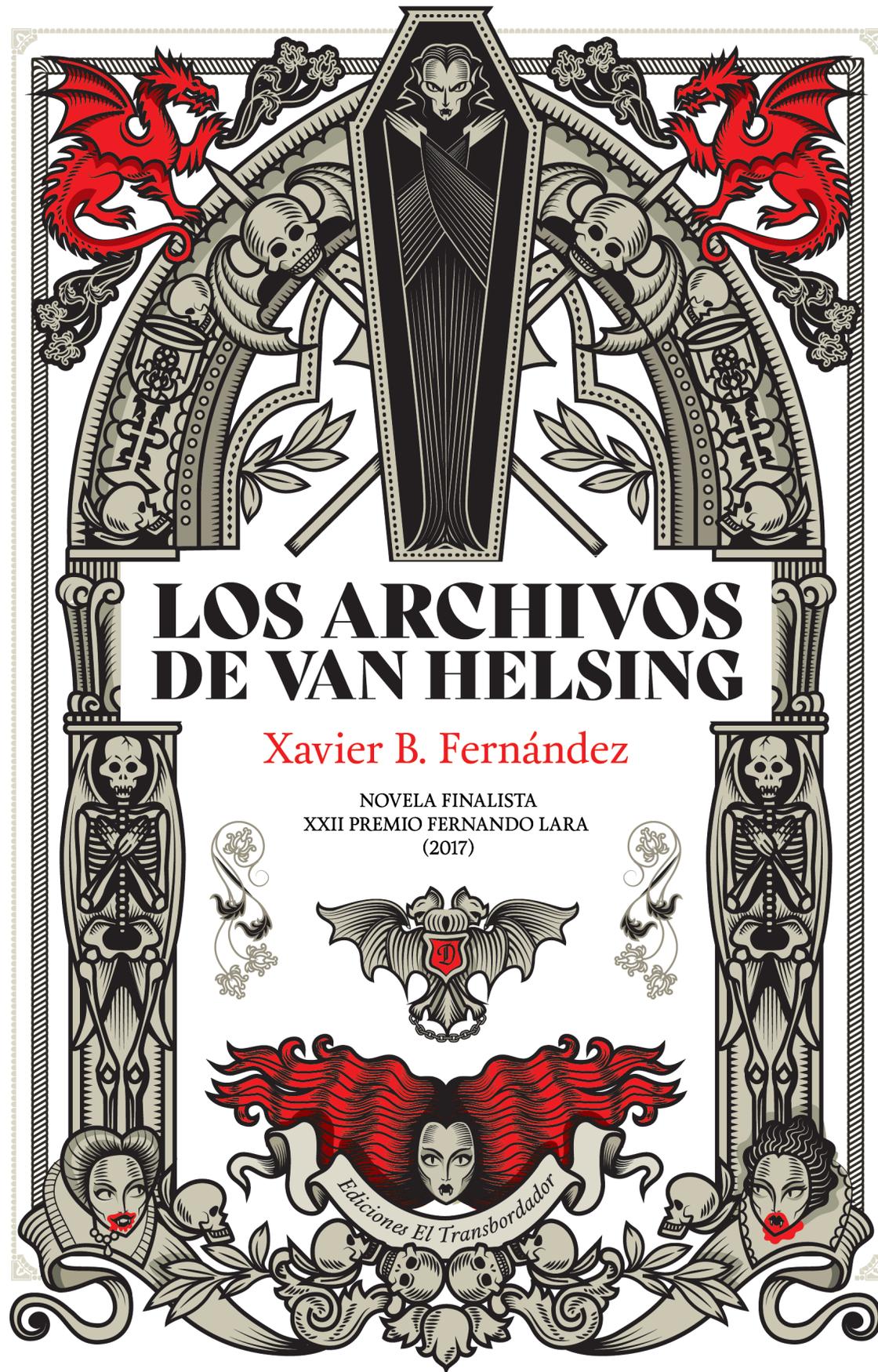
Depósito legal: MA 1219-2019

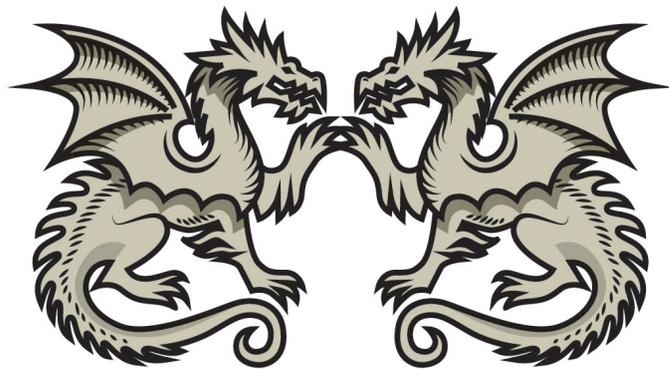
ISBN: 978-84-120822-2-7

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com





«Los epilépticos tienen la costumbre de beber la sangre de los gladiadores, como si estos fueran copas vivientes, algo que cuando lo vemos hacer a las fieras salvajes, sobre la misma arena, nos llena de horror. Pero esos enfermos consideran que la mejor cura para su mal es beber la sangre humana directamente y aún caliente; y, aplicando su boca a la herida, absorben así su aliento vital. Y ello a pesar de que se tiene por un acto impío que un hombre toque con sus labios una herida, aunque sea la de una bestia salvaje».

Historia Natural. Cayo Plinio Segundo (Plinio el Viejo)

«Pero el tiempo de guerrear ya ha pasado. En nuestra deshonrosa época de paz la sangre está considerada como algo precioso, y toda la gloria de nuestros antepasados ya no es más que una hermosa historia».

Drácula. Bram Stoker

«Me alegro de que haya entrado usted en esta biblioteca —continuó el conde— ya que estoy convencido de que aquí hallará cosas muy interesantes. Estos libros —paseó la mano por el lomo de algunos volúmenes— siempre han sido para mí amigos preciados».

Drácula. Bram Stoker

*(Rest is good for the blood!)
The percentage of us tow the line
The rest of us out of reach
Everybody, party time
Some of us will never sleep again*

Dracula. Gorillaz

Tragedia en alta mar

■ Una misteriosa epidemia mata a todos los tripulantes de un carguero rumano

XAVIER B. FERNÁNDEZ

Las autoridades portuarias han informado de un suceso extraño y macabro: la llegada a la ciudad de un barco fantasma, tripulado por cadáveres. Se trata del carguero de origen rumano (y bandera de conveniencia panameña) *Demeter III*. La naviera propietaria del buque, la rusa Sovcomflot, ha avisado a las autoridades españolas de que se ha declarado una epidemia a bordo. Al parecer, hace unos días el capitán los había informado de que la tripulación estaba siendo diezmada por una enfermedad no determinada que se extendía con gran rapidez. El último contacto de la naviera con el capitán había sido dos días antes, no habiendo respondido este desde entonces ni a la radio ni a las repetidas llamadas telefónicas y mensajes de correo electrónico (hoy en día todos los navíos comerciales disponen de telefonía e Internet a bordo) que les habían dirigido.

Ayer por la noche la silueta del *Demeter III* apareció en el horizonte marino barcelonés. Podía verse desde las playas de la Villa Olímpica.

Y allí se quedó, a aproximadamente una milla náutica (1 852 metros) de la costa, a la deriva, sin efectuar ninguna maniobra para entrar en el puerto, sin responder a la radio.

Informado por el armador, el práctico del puerto activó el protocolo de emergencia para casos de epidemia y una lancha de la Guardia Civil transportó a un grupo de sanitarios hasta el barco, al que tuvieron que subir por sus propios medios tras intentar, de nuevo infructuosamente, ponerse en contacto con la tripulación, esta vez a gritos.

En el barco reinaban una oscuridad y un silencio absolutos. Un silencio «antinatural», lo ha definido el sargento de la Guardia Civil M. Santisteban, uno de los primeros en llegar a cubierta; antinatural porque «en un barco siempre hay como un runrún constante de fondo: lo producen las máquinas, que no se paran nunca. Pero las de este barco estaban paradas, el generador estaba desconectado, y el silencio era... eso, antinatural. Y espeluznante».

Una vez en cubierta, volvieron a llamar a voces a la tripulación, en inglés y en rumano (los había acompañado un intérprete). Nadie respondió. Así que, provistos de linternas, procedieron a inspeccionar el navío.

En los camarotes de la tripulación encontraron, siempre según el sargento Santisteban, un espectáculo «de película de terror»: tumbados en las literas yacían los cadáveres de tres marineros. Los cuerpos presentaban un aspecto consumido y exangüe, «blancos como el yeso», con las mejillas hundidas y profundas ojeras violáceas.

En la primera bodega, en la sala frigorífica, encontraron otros cuatro cadáveres, amortajados en las bolsas de plástico negro utilizadas para tal fin. Estos debían haber sido los primeros en morir, y sus compañeros de los camarotes los últimos, por lo que nadie pudo guardar sus cuerpos en la cámara.

Al capitán lo encontraron en su camarote. Había muerto sentado ante su escritorio, con un revólver al alcance de la mano y en el rostro una expresión que «no olvidaré mientras viva», ha dicho el sargento Santisteban. Su rostro estaba tan pálido y demacrado como el de los otros cadáveres, pero al contrario que estos no parecía haber fallecido en la placidez

del sueño; por el contrario, tenía las facciones crispadas, como si hubiera muerto en un ataque de terror.

En la sala de máquinas apareció el otro miembro de la tripulación, el jefe de máquinas, tan pálido y desangrado como sus compañeros. Yacía de cualquier manera en el suelo, al parecer en el mismo sitio donde la muerte le había sorprendido.

En estos momentos, el *Demeter III* permanece anclado fuera del puerto, sometido a cuarentena. Su malograda tripulación ha sido trasladada al Instituto Anatómico Forense y su cargamento está siendo examinado por epidemiólogos, aunque en principio, por tratarse de piezas de automóvil destinadas a ser ensambladas en la factoría Seat de Badalona, no resulta sospechoso. La Guardia Civil ha informado de que encontraron abierto uno de los contenedores que viajaba en la bodega principal. En su interior, además de las consabidas de piezas de automóvil, se han encontrado tres grandes cajas de madera parcialmente llenas de tierra, sin ninguna etiqueta ni distintivo en ellas. Las autoridades sanitarias están trabajando sobre la hipótesis de que el foco de infección de lo que sea que ha matado a la tripulación del *Demeter III* provenga de la tierra contenida en esas cajas.

Triple crimen en la playa del Bogatell

■ Los cadáveres aparecieron tendidos sobre la arena, desangrados, completamente desnudos y con horribles amputaciones genitales

XAVIER B. FERNÁNDEZ

Todo empezó de madrugada, con un muchacho corriendo y dando voces por la Avenida de la Mar Bella, junto a la playa del mismo nombre. Un chico joven, de apenas veintitrés años y estética okupa. Uno de esos que bajan por la noche a las playas de la ciudad a hacer botellón, fumarse unos porros y quizá, animados por el alcohol y las drogas, divertirse efectuando algún acto de vandalismo tal como romper una farola, volcar una papelera o... correr por la calle pegando gritos.

Al menos eso fue lo que pensaron los dos miembros de la patrulla de la policía local que le dieron el alto. El cabo R. V. G. y el agente J. M. R. esperaban un poco de bronca y un poco de forcejeo, lo habitual en estos casos. En vez de eso, y para su sorpresa, el sospechoso pareció alegrarse mucho de verlos; de hecho, «prácticamente se echó en nuestros brazos», ha declarado el cabo R. V. G., quien añadió

que el muchacho temblaba de miedo y apenas podía hablar. «Nunca en mi vida he visto a nadie tan aterrorizado», ha añadido el cabo.

No era para menos: cuando consiguieron calmarlo lo suficiente como para que pudiera expresarse con cierta coherencia, el chico, que resultó llamarse Carlos R. F., natural de Sant Adrià de Besòs, los informó de que sus tres «colegas», con los que había estado efectivamente haciendo botellón y fumándose unos porros a la orilla del mar, habían sido asesinados ante sus ojos por «tres mujeres desnudas que habían salido del agua». Parecía la alucinación producida por un mal viaje de LSD. Pero Carlos los condujo hacia un rincón de la playa, junto a uno de los espigones, donde, efectivamente, yacían sobre la arena, muertos, tres muchachos completamente desnudos. Los cadáveres, que fueron identificados como

A. F. R., de veintiún años, C. D. M., de veinte, y R. A. P., de dieciocho, todos ellos con domicilio en Sant Adrià de Besòs, presentaban heridas grotescas y horribles: a dos de ellos les habían amputado el glande, que no apareció por las inmediaciones; el tercero, R. A. P., tenía los genitales intactos, pero la garganta seccionada.

Según el informe provisional del forense, que se personó inmediatamente en el lugar de los hechos, las heridas no corresponden a ningún tipo de arma blanca ni instrumento de filo cortante, pues presentan bordes irregulares y desgarrados que más bien hacen pensar en los mordiscos de un animal de grandes dimensiones: un perro, quizá. Pero resulta inverosímil que un perro, o cualquier otro animal, inflija unas heridas tan específicas en los genitales de sus víctimas. Además, los cadáveres estaban prácticamente exangües, lo que no sería extraño con heridas de este

tipo, capaces de desangrar un cuerpo con mucha rapidez. Lo extraño es que apenas había manchas de sangre por las inmediaciones.

Según Carlos R. F., las heridas fueron efectuadas por las tres misteriosas mujeres que dijo haber visto salir del mar. La policía no ha querido facilitar más detalles al respecto, porque Carlos R. F. ha pasado a disposición judicial como principal sospechoso del triple —y grotesco— asesinato, que bien podría deberse a la realización de un extraño ritual satánico o, lo que es más probable, haber sido perpetrado durante un momento de enajenación producido por las drogas. Aunque hay un dato que desmiente la, por otra parte, muy plausible implicación de Carlos en los asesinatos de sus amigos: no había ni una sola mancha de sangre en su cuerpo ni en sus ropas, cuando, de haber sido él el autor de esas heridas, debería estar cubierto de ella.



Memorándum del padre Abraham Van Helsing, S. J. †

Sant Cugat del Vallès (Barcelona), miércoles 12 de mayo de 2004

Tras haberle servido como sacerdote durante más de sesenta años, he llegado a la convicción de que Dios no existe, porque nunca he encontrado rastro alguno de su existencia. En cambio, sé que existe el diablo, porque lo he conocido personalmente.

De hecho, conocer personalmente al diablo es una especie de tradición familiar para los Van Helsing. La inauguró mi tatarabuelo (aunque ahora tengo motivos para sospechar de un antepasado mucho más remoto), el doctor Abraham Van Helsing, cuando era un joven cirujano integrado en *La Grande Armée* napoleónica; la prosiguió su hijo, mi tío bisabuelo, también llamado Abraham; fue un notable médico, lingüista y filósofo holandés, autor de importantes obras en cada una de esas especialidades académicas. La siguiente Van Helsing en conocer al diablo en persona —la tradición familiar se saltó aquí una generación— fue su sobrina nieta, mi madre. Yo he sido, pues, el cuarto Van Helsing que se ha topado con él. O quizá el quinto, si mis sospechas sobre ese antepasado mucho más remoto que antes he mencionado son ciertas.

Tanto mi tatarabuelo, el médico napoleónico, como mi tío bisabuelo, el ilustre académico, han dejado constancia escrita de sus respectivos encuentros con el diablo. Mi madre, por desgracia, no vivió lo suficiente como para poder hacer lo mismo. Así que sobre mí recae el doloroso deber de añadir a los anales de los Van Helsing el relato de su experiencia, junto con el de la mía.

Mi madre era una mujer muy hermosa, bella como sólo puede serlo una hebrea bella. Su tío abuelo, el médico, lingüista y filósofo, había tenido un hijo, pero murió a edad temprana, dejándolo sin descendencia, por lo que nombró heredera universal a la nieta de su hermano, mi madre,



con dos condiciones: una, que conservase su apellido de soltera después de casada y lo transmitiera a sus hijos, si los tuviera, para que el linaje de los Van Helsing no se perdiera. Y la otra, que si tuviera un hijo varón, lo llamara Abraham. Mi padre, que no era judío, sino un gentil católico polaco, no tuvo ningún inconveniente en renunciar a su apellido cuando supo que, a cambio, iba a recibir una muy apreciable cantidad de florines holandeses, además de las nada despreciables rentas que devengaban los derechos de los tratados de lingüística, medicina y filosofía de los que mi ilustre tío bisabuelo era autor.

Vivíamos, mi padre, mi madre y yo, en Cracovia, la capital cultural de Polonia, en una bonita casa desde la que se veían las altas y cuadradas torres de ladrillo de la Basílica de Santa María. Con la ventana abierta se podía oír al trompetista situado en la torre más alta tocar el *Hejnał Mariacki* cada hora. Es esta una antigua tradición, por lo que sé aún vigente, que conmemora la muerte, por una flecha que le atravesó la garganta, de un trompetista que en el siglo XIII se había subido a esa misma torre y había tocado con su instrumento esa misma melodía tradicional para avisar a la ciudad de la llegada de los invasores mongoles. Por eso esa torre se llama la torre Hejnał, me contó mi madre, una vez que me encontró asomado a la ventana escuchando al trompetista. Yo le pregunté entonces por qué, si aquella era realmente la casa de Dios, este había permitido que mataran al heroico trompetista allí, en su propia casa. Y mi madre respondió que Dios es extremadamente discreto y extremadamente silencioso: tanto, que nadie nunca lo ha visto, ni ha oído su voz. «¿Nadie, nunca?», pregunté yo. «Nadie, nunca», respondió ella. Y añadió: «Desconfía de quien afirme que Dios habla con él: o es un chiflado o es un canalla. Normalmente, esto último».

Mi madre, bien se ve, no era muy religiosa. Casi nadie en la familia de judíos ilustrados de la que procedía lo era. Y aunque cada *Hannuká*, por razones más sentimentales que religiosas, encendía las nueve velas de un pequeño *menorah* de plata que el resto del año permanecía guardado, envuelto en un paño de fieltro, en el fondo de una alacena; y aunque se vestía de blanco por la festividad del *Tu B'Av*, el «día del amor», porque, según decía, «una festividad dedicada al amor merece celebrarse, sea cual sea la religión que la prescriba», no había tenido ningún reparo en apostatar de la fe de sus antepasados y hacerse bautizar como católica para poder así casarse con mi padre. Dado que su familia de origen era poco o nada piadosa, no tenía mucho de lo que apostatar. De hecho, no era la primera Van Helsing en hacerlo, pues su tío abuelo también había aceptado el bautismo



para así poder casarse con su esposa. Por lo demás, mi madre no mostró más interés en la fe católica del que había mostrado en la fe judaica.

Mi padre tampoco era, en el fondo, un hombre muy religioso. Se consideraba católico más por costumbre o por pereza que por convencimiento. Asumía su profesión de fe sin reflexión, compromiso ni emoción como algo ineludible e inevitablemente inherente a su condición de polaco, como el beber mucho vodka o (a pesar de haberse casado con una hebrea de origen) hablar mal de los judíos. Esto último mi madre se lo perdonaba porque sabía que no había calor ni pasión en su antisemitismo. Comprendía que en eso, como en tantas otras cosas, mi padre se limitaba a dejarse llevar por la corriente.

Mi padre iba a misa los días que era preceptivo, y ni uno más. Y mientras estaba allí se aburría escuchando el latín del cura y dormitaba pensando en las cervezas que iba a tomarse después en la cantina. En cuanto a mí, había sido bautizado al nacer, y bajo la camisa llevaba un pequeño crucifijo de plata colgando de una cadenita, regalo de mi abuela paterna, pero por aquel entonces esa era toda mi relación con la religión, junto con las protocolarias visitas a la iglesia los días de precepto y mi fascinación por las torres de la basílica y el trompetista que desde ellas tocaba las notas del *Hejnał Mariacki*.

Entonces, de pronto, llegaron los alemanes. Un día de septiembre de 1939 la radio dijo que el ejército del Tercer *Reich* había entrado en la ciudad de Gdansk. Al otro, los periódicos hablaban de la derrota de la orgullosa caballería polaca, destrozada por los panzers contra los que habían cargado al galope. Y aún no había acabado el mes cuando esos mismos panzers cruzaban los puentes sobre el Vístula sin que, esta vez, ningún trompetista heroico avisara de la llegada de los invasores desde la torre más alta de la Basílica de Santa María. Viendo los tanques, mi imaginación de niño no pudo menos que evocar a los heroicos jinetes de la orgullosa caballería polaca, pequeños y frágiles seres humanos montados sobre pequeños y frágiles cuadrúpedos de carne y sangre, enfrentándose a aquellos enormes dragones de acero y gasoil. No era de extrañar que los hubieran aniquilado con tanta facilidad.

Tras ser tomada por los alemanes, nuestra ciudad se convirtió en la capital del gobierno de ocupación y casi inmediatamente empezó la persecución contra los judíos. Por aquel entonces Cracovia era muy hebrea; unos 70 000 cracovianos, casi un tercio de la población, pertenecían a esa comunidad cultural y religiosa que, según los nazis, constituía una raza. Una raza aparte.



Al principio, mi madre y yo nos libramos, tanto de tener que llevar la estrella amarilla cosida a la ropa como de la restricción para entrar en determinados lugares, porque no figurábamos como judíos en el padrón. Ella ya era oficialmente católica cuando había llegado a Polonia, recién casada con mi padre, y en mi partida de nacimiento yo figuraba como gentil, y disponía del oportuno certificado de bautismo. También nos libramos de ser deportados, como muchos judíos cracovianos, a las zonas rurales. Esas deportaciones sistemáticas empezarían al año siguiente.

En marzo de 1941 los alemanes decretaron el confinamiento obligatorio de los pocos judíos que quedaban en Cracovia, unos 15 000, en el gueto que habían ubicado en el distrito de Podgórze, al sur de la ciudad. Como la mayoría de la población judía residía en el distrito de Kazimierz —donde se elevaba, orgullosa, la gran sinagoga en la que mi madre no había entrado nunca, aunque varias veces, desde la calle, me había mostrado su majestuosa efigie— un día de aquel mes, el 20 según los libros de historia, una caravana de judíos —hombres, mujeres, ancianos y niños— atravesó cabizbaja el Puente de Piłsudski, transportando sus posesiones en carros, maletas y fardos, mostrando en sus rostros su estupefacción y su angustia. Tampoco entonces nosotros formamos parte de la comitiva, sino que la contemplamos desde las aceras, como los otros gentiles. Algunos miraban en silencio, otros cuchicheaban en voz baja y unos pocos, sobre todo los niños, reían y les lanzaban piedras mientras coreaban «judío, judío». Noté que mi madre me apretaba fuerte la mano y empezaba a murmurar, muy quedo, una oración en hebreo:

*Avinu malkenu
chane-nu va-ane-nu
Avinu malkenu
chane-nu va-ane-nu
kieyn banu maa-sin
ase i manu
ase i manu
ase i manu tsdaka va chesed
v'ho shieee-nu*¹

¹ Padre nuestro, rey nuestro / agráncianos y respóndenos / Padre nuestro, rey nuestro / agráncianos y respóndenos / porque no tenemos acciones (para pedir a cambio de ellas) / haz con nosotros / haz con nosotros / haz con nosotros caridad y bondad / y sálvanos.



Hasta que mi padre, que nos acompañaba, le tapó la boca con la mano y le susurró, airado: «¿Es que has perdido el juicio? ¿Y si te oye alguien y te denuncia?». Entonces ella calló. Y se quedó allí de pie, observando en silencio el penoso éxodo, apretándome la mano, llorando su alivio y su vergüenza por haberse librado, ella y su hijo, de compartir la incierta suerte que esperaba a aquellos desgraciados hijos de Israel en aquel barrio cercado por alambradas que los tranvías cruzaban sin detenerse.

Si mi madre había rezado el *Avinu malkenu* rogando por los desgraciados que vimos aquel día, el dios de Israel no la escuchó. O, si la escuchó, no le hizo ningún caso, porque poco más de un año después, en marzo de 1942, empezaron las deportaciones. Las autoridades alemanas decían que trasladaban a los deportados a Ucrania, para trabajar. En realidad, y esto no lo supimos entonces aunque circulaba el rumor, los enviaban a los campos de exterminio, en concreto —eso lo supe mucho, mucho después— al campo de Bełżec. Tres meses antes, en febrero, la policía había arrestado a ciento cuarenta intelectuales judíos y los habían deportado a la cercana Auschwitz. Poco tiempo después informaron a sus familias de que habían muerto. Fue una de las pocas veces en que los nazis nos contaron la verdad.

Y si acaso mi madre había rezado el *Avinu malkenu* por motivos más egoístas, pidiendo para ella misma y para su hijo, el dios de Israel tampoco la escuchó, o si la escuchó tampoco le hizo caso, porque cuatro meses después recibimos en casa la visita del diablo. Y mi madre y yo fuimos llamados a compartir el aciago destino del pueblo de Israel, al que yo nunca había pertenecido realmente y del que ella hacía tanto tiempo que se había separado.

El diablo llegó por la noche, entre la niebla, precedido por un taconear de relucientes botas de cuero negro en la escalera y un repicar de nudillos en la puerta que nos sacó, sobresaltados, de la cama. Tras abrir la puerta asistimos, estupefactos, a una invasión de negros uniformes de las SS, magníficos e imponentes, con sus entorchados y sus insignias en forma de calavera, elegantes e impecablemente cortados por los trabajadores esclavos de los talleres de corte y confección Hugo Boss. Por contraste, mi padre y yo, nadando dentro de nuestros anchos y abolsados pijamas de rayas; mi madre, con un camisón de raso blanco y un vaporoso salto de cama y Darvulia, la vieja sirvienta, con su batín y sus pantuflas, ofrecíamos un aspecto más bien patético, más bien ridículo, como payasos disfrazados para divertir a aquellos heraldos de la raza de los señores, aquellos *übermensch* nietzscheanos.



El oficial al mando, muy en su papel de *übermensch* nietzscheano, nos dedicó una displicente mirada desde las alturas de su superioridad aria, antes de consultar unos papeles que portaba.

—Miriam Van Helsing —dijo— y su hijo Abraham. ¿Son ustedes?

—Son mi mujer y mi hijo, señor oficial —respondió mi padre, adelantándose, humillando la cabeza como un perro temeroso ante su amo. Qué amargo contraste ofrecía su estampa servil con la elegante arrogancia del oficial. Cómo me avergoncé entonces. Ojalá, pensé, mi padre fuera como aquel aguerrido alemán.

—Van Helsing... ¿no es un apellido judío? —preguntó el oficial.

—Oh, no, señor oficial —respondió mi padre, agachando aún más la cabeza—. Es el apellido de una antigua familia holandesa, muy aria y muy católica. Mi mujer es católica.

—Holanda está llena de judíos.

—Holanda y todas partes, señor oficial. Son una plaga, como las ratas. Pero mi mujer no es judía, es una holandesa católica. De Ámsterdam. No judía. Nada de judíos. No queremos judíos en esta casa. No, señor oficial. Además, es ilegal, je, je, je. No, judíos no. No nos gustan los judíos. *Heil Hitler*.

—Miriam y Abraham son nombres judíos.

—Son nombres bíblicos, señor oficial. Están en la Biblia. Muchos cristianos usan esos nombres. Nosotros somos buenos cristianos. Buenos católicos. Amigos de los nazis. Como el Santo Padre. ¿Acaso Su Santidad Pío XII, Dios lo bendiga, no ha firmado un concordato con el *Führer*, Dios lo bendiga también? *Heil Hitler*.

—¿Y cómo es que su mujer no lleva su apellido, señor... —el oficial volvió a consultar sus papeles— Jakub Kosinski?

—Ah, ¿ve? Jakub también es un nombre bíblico. Jakub, el segundo hijo de Isaac, el que le compró la primogenitura a su hermano Esaú a cambio de un plato de lentejas. Un buen negociante, ese tal Jakub. Pero no por llamarme Jakub voy a ser judío...

—¿Por qué su mujer y su hijo no usan su apellido, señor Kosinski? —le cortó el oficial. Mi padre agachó aún más la cabeza, hasta casi ponerla a la altura de la bruñida hebilla del cinturón del alemán. Si se agachaba un poco más, podría lamerle las botas. Que era lo que parecía estar deseando hacer.

—Admito que no es muy corriente, sí, es cierto, muy corriente no es, no señor. Pero tiene una explicación muy sencilla, señor oficial. Que es la siguiente: un tío abuelo de mi esposa le prometió una buena cantidad de dinero en herencia si conservaba su apellido de soltera al casarse y lo pasaba a sus hijos. Con la condición añadida de que si tenía un hijo varón lo



llamara Abraham, como él. El viejo chivo, como no tenía hijos, pretendía perpetuarse de esta manera.

—O sea que usted, al contrario que su tocayo, vendió su hombría a cambio de un plato de lentejas. Deberían haberlo llamado Esaú. Aunque es más probable que lo llamen «calzonazos».

—Ah, qué gracioso es. El señor oficial es un bromista. Je, je, je, je.

¿Puede haber algo peor para un niño de diez años que ver a su padre humillándose? Sí, puede haber cosas mucho peores, pero yo entonces aún no lo sabía. Aunque estaba a punto de saberlo. Porque una de aquellas cosas peores, mucho peores, quizá la peor de todas, entró entonces por la puerta. Era el mismísimo diablo, deseoso de vengarse de cualquiera que llevase el apellido Van Helsing.

—¿Tenemos que aguantar mucho rato esta comedia, oficial? —bramó el diablo al entrar, con su voz de tono firme y timbre autoritario. Y todos aquellos semidioses vestidos con uniformes negros de Hugo Boss se cuadraron ante él, haciendo repicar los tacones de sus botas.

El diablo era alto. El enviado papal en la corte húngara Nikolaus Drussa, que lo había conocido en vida siglos antes, lo había descrito como no muy alto, aunque corpulento y musculoso. Quizá, desde mi infantil perspectiva me pareciera más alto de lo que era en realidad. O quizá lo imponente de su presencia hiciera que la gente lo percibiera como de mayor estatura de la que en realidad tenía.

El diablo vestía un largo abrigo de cuero negro, como los de los miembros de la Gestapo. Como ellos se tocaba con un sombrero, también negro, bajo el que asomaba una larga y ensortijada melena endrina, cuyos mechones le caían por encima de los hombros. El rostro, delgado, de nariz aguileña y pómulos muy marcados, estaba adornado por un gran bigote cuyas guías caídas enmarcaban unos labios gruesos y rojos, más rojos aún por contraste con la extrema palidez de su cutis. No era aquel el rostro de un miembro de la Gestapo; más bien parecía el de un salvaje guerrero tártaro de la Antigüedad.

Pero el rasgo más destacado de su fisonomía eran sus ojos, grandes, grises y muy abiertos, penetrantes bajo la sombra de unas cejas negras y tupidas que le daban un aspecto sumamente amenazador. Y nada más entrar proyectó la mirada de esos ojos feroces sobre la frágil figura de mi madre.

—¿Esta es la mujer Van Helsing? —preguntó.

—*Jawohl, Herr Graf* —dijo el joven oficial de las SS, dando un vigoroso taconazo: «Sí, señor conde». El holandés, que yo hablaba bastante bien, se parece al alemán lo suficiente como para que pudiera entenderlo.



El conde se acercó a mi madre, que temblaba de frío —y, probablemente, también de miedo— bajo la levedad de su camisón y su salto de cama. La obligó a alzar el rostro poniéndole su dedo índice, de larga y afilada uña, bajo el mentón.

—Lástima que tu tío abuelo ya esté muerto —dijo el conde—. Me habría gustado mucho que viera esto.

Sonrió. Bajo el frondoso bigote negro, sus labios gruesos y rojos se entreabrieron, dejando al descubierto los dos incisivos delanteros, que eran largos y puntiagudos, como los colmillos de una fiera. Aquella sonrisa confería a su rostro un aspecto aún más feroz.

—Estaba intentando dilucidar si la mujer y el niño son efectivamente judíos, *Herr Graf* —explicó el joven oficial, con un nuevo taconazo.

—No hay nada que dilucidar, imbécil. Lléveselos.

—*Jawohl, Herr Graf*. —Volvió a taconear el oficial—. ¿Y qué hacemos con el hombre?

—Bueno, según la ley del *Reich*, si él no es judío, su matrimonio es nulo. Así que depende de él. —El diablo se enfrentó a mi padre, atravesándolo con sus helados ojos grises—. ¿Qué quieres hacer, hombrecillo? ¿Te declaras judío y compartes la suerte de tu mujer y tu hijo? ¿O prefieres seguir viviendo como un buen polaco católico, súbdito del *Reich*?

Mi padre nos miró. Humilló una vez más la cabeza y dio dos pasos hacia atrás, alejándose de nosotros, de su mujer y su hijo. Entonces levantó el brazo y taconeó con las pantuflas.

—*Heil, Hitler* —dijo. Y al ver a aquel hombre vestido con un pijama ridículo hacer el saludo romano en postura marcial, el diablo y su séquito de soldados alemanes estallaron en carcajadas.

—Que se quede, pues —concedió el diablo—. Llevaos a la mujer y al niño.

—¿Y la criada? Diría que es gitana —preguntó el oficial.

En efecto, Darvulia era una gitana de origen rumano. Muchas veces, en la cocina, mientras freía buñe calí, pastelitos gitanos, me contaba historias de su tribu, los szgany, quienes, tratando de librarse de la persecución de los payos, hicieron un pacto con Satanás. Satanás, decía Darvulia mientras el aceite chisporroteaba en la sartén, tenía por costumbre asar gitanos para comérselos. Pero al ver la audacia de los szgany, se avino a pactar un acuerdo con ellos: los protegería, y no se los comería nunca, a cambio de que lo ayudasen con sus asuntos en la tierra. Ellos aceptaron, y desde entonces el resto de los gitanos llaman a los szgany la tribu maldita, y no quieren tener ningún tipo de trato ni relación con ellos. Dan rodeos para no pasar por donde ellos han pasado y escupen en las roderas que han dejado sus carros.



—*Te cunosc, dracul. Ai un pact cu tribul mea. Un pact de onoare și de sânge* —dijo de pronto Darvulia remangándose el brazo derecho, en cuyo dorso llevaba tatuado un pequeño dragón enroscado formando un círculo, cubierto por una cruz. Algunas veces, en la cocina, mientras yo comía buñe calí recién hechos, Darvulia me había explicado que ese tatuaje era el símbolo del pacto de sus ancestros con Satanás. Alguna vez mi madre, al oírla por haber entrado de pronto en la cocina, le había reprochado que excitase mi imaginación de niño con aquellas patrañas.

—*Care este numele tău?* —preguntó el diablo, tras observar unos instantes el tatuaje.

—Darvulia.

—Darvulia, por supuesto. Tenías que llamarte así —continuó el diablo en alemán. Y sonrió de nuevo, a su lupina manera. Entonces se giró hacia el oficial de las ss.

—Es gitana, en efecto. Pero también se va a quedar aquí. Bórrela de su lista.

—Pero, *Herr Graf*, los gitanos deben ser deportados junto con los judíos.

—Esta gitana en concreto, no.

—Pero esas son las órdenes de Berlín.

—Pero no son mis órdenes.

—Pero, *Herr Graf*...

—¡No me discuta, oficial! —gritó de pronto el conde, iracundo. Su ira era terrible. Su rostro se deformó en una mueca horrisona. Sus ojos, antes tan fríos, ahora parecían desprender llamas. La boca muy abierta, con los labios remangados sobre los dientes puntiagudos, semejaba las fauces de un tigre rugiente.

Ante esa explosión de ira sobrenatural, el arrogante oficial perdió toda su arrogancia. Palideció y hasta pareció encogerse dentro de su uniforme —*Jawohl, Herr Graf* —respondió, subrayando la frase con el inevitable taconeó, que esta vez sonó poco firme.

El conde, entonces, se volvió hacia Darvulia.

—*Da, am un pact de onoare și sânge în tribul tine pe care vă obligă să se supună mine. Se pregătește femeii și copiii pentru mine să le ia.*

No entendí lo que decía, pero sonaba a orden. Darvulia asintió y se marchó en dirección a los dormitorios. Volvió al poco, con una pequeña maleta de viaje ya compuesta y ropa de calle para mi madre y para mí.

—Lo siento mucho, mi niño —dijo, mientras me ayudaba a vestirme—, pero debo obedecerle. Porque él es el dracul, el nosferatu, el diablo



con el que pactaron mis antepasados. Y me obligan el honor y la sangre. La sangre es muy poderosa para los gitanos.

—No sólo para los gitanos —añadió el conde, de nuevo sonriente.

Una vez vestidos, y mientras mi padre permanecía sentado, silencioso y cabizbajo, en un rincón, los soldados de las SS nos llevaron a un almacén donde concentraban, en apretada muchedumbre, a los judíos y a los gitanos detenidos. Allí había hombres, mujeres y niños de todas las edades. Incluso un lactante, que no pude ver pero sí oír, porque no paraba de llorar. Algunos iban vestidos con los coloridos harapos de los cíngaros, otros con las humildes ropas de la clase trabajadora, otros con las algo más serias y formales prendas propias del burgués. Incluso había un anciano caballero vestido con polainas, chistera, bastón con puño de marfil en forma de cabeza de galgo y un caro abrigo con cuello de piel. En el bolsillo del chaleco guardaba un reloj de oro, con abalorios también de oro engarzados en la leontina, que no paraba de sacar para comprobar la hora, sin dejar de murmurar mientras lo hacía: «esto tiene que ser un error» y «pronto vendrán a rescatarme».

Pero nadie vino a rescatarlo. Aquel señor quizá fuera una persona muy importante antes, puede que un rico banquero o un gran abogado, pero en aquel lugar, en aquel momento, era tan sólo un judío más. Porque daba igual de qué sexo, edad o clase social fuéramos, allí todos éramos lo mismo, todos olíamos igual de mal, a sudor y a miedo, todos nos preguntábamos cuál sería nuestro destino y todos temíamos que fuera la muerte.

Pasamos la noche allí, sin poder siquiera tumbarnos en el suelo a dormir, porque de tan lleno de gente que estaba el almacén no había sitio. A la mañana siguiente los soldados, armados con metralletas y porras y ayudados por perros, nos escoltaron, como a un rebaño de ovejas asustadas, hasta la estación de ferrocarril, donde nos dejamos hacinar mansamente en vagones de ganado que, una vez llenos, cerraban con cadenas y candados. Y si el almacén me había parecido un encierro angosto, comparado con aquel vagón parecía hasta espacioso. Estábamos tan apretados que no podíamos más que permanecer en pie, con los brazos en alto para ocupar menos sitio. Si alguien se hubiera desmayado no habría caído al suelo. Y además, con tanto cuerpo humano y tan poca ventilación, el calor pronto se hizo asfixiante. Yo tenía la espalda contra una pared, justo debajo de uno de los ventanucos. Mi madre se situó ante mí, con las manos apoyadas en la pared, protegiéndome con su cuerpo. Si se ponía de puntillas podía mirar al exterior a través del ventanuco. De vez en cuando me informaba, con un murmullo, de lo que veía, de por dónde íbamos



pasando. Aunque no había mucho que contar: atravesábamos campos y más campos de labor y pequeñas estaciones en las que el convoy no se detenía. De pronto, gritó:

—¡Allí hay gente! ¡Y nos saludan!

Otros pasajeros que también podían mirar hacia afuera confirmaron esa información. Entonces todos los que estaban en situación de hacerlo sacaron los brazos por donde pudieron y devolvieron el saludo, gritando. Mi madre, más práctica, se quitó el abrigo, me envolvió con él y, así convertido en un fardo, me dijo:

—Esta es tu oportunidad de escapar, hijo. Ve hacia esa gente.

Y diciendo esto, me levantó en vilo y me lanzó a través del ventanuco, apenas suficientemente grande como para que pasara mi cuerpo. Y de pronto me vi volando por los aires. Y de pronto me vi rodando por el suelo. Y debí golpearme en la cabeza, porque perdí el conocimiento.

Cuando lo recobré, noté mucho dolor por todas partes y que algo o alguien tiraba de una de mis piernas. Levanté la cabeza y vi que era una mujer campesina que estaba intentando quitarme una bota. La otra, al parecer, ya me la había quitado. Eran unas buenas botas, casi nuevas. Al ver que la miraba, la campesina se puso a gritar «*Żyje! Żyje! To jest prawdziwy diabeł!*» mientras se persignaba. La mujer hablaba en polaco, pero yo estaba tan aturdido que tardé un poco en comprender lo que estaba diciendo: «¡Está vivo, está vivo, es el diablo!».

¿Yo era el diablo?

Cerca de nosotros dos hombres discutían a gritos, tirando cada uno de una manga del abrigo de mi madre, que me debían haber quitado mientras estaba inconsciente. Tampoco llevaba puesto mi propio abrigo, ahora en manos de otra campesina.

Al oír los gritos, los dos hombres dejaron de discutir y me miraron con los ojos tan redondos y los rostros tan crispados de miedo como las dos mujeres, la que me había quitado el abrigo y la que intentaba quitarme las botas.

Intenté incorporarme, para quedarme sentado. Al hacerlo sentí dolor en todas las articulaciones y también en la parte de atrás de la cabeza. Me la toqué y retiré los dedos manchados de sangre. Uno de los hombres cogió un azadón del suelo, se acercó y me pinchó tentativamente con el extremo del mango. Intenté protestar, pero de mi garganta, en vez de las palabras que pretendía pronunciar, salió un gemido ronco que hizo que aquellos supersticiosos campesinos se santiguaran. Santiguarse parecía ser su reacción instintiva ante cualquier cosa que los atemorizara. Retrocedieron, poco a poco, sin darme la espalda, y cuando estuvieron a una



distancia que consideraron prudencial dieron la vuelta y se alejaron; al fin y al cabo, ya tenían su botín. Sólo la mujer que se había llevado una de mis botas se lo pensó mejor, giró grupa y regresó a mi lado. Levantó el pie, calzado con una tosca bota de campesino, y me lo plantó en el pecho, aplastándome contra el suelo. Y mientras de esa manera me mantenía inmobilizado, con las manos me arrancó a toda prisa la otra bota. En cuanto consiguió sacarla se marchó corriendo, santiguándose repetidamente, dejándome allí junto a la vía del tren solo, magullado, descalzo y en camisa. Estaba anocheciendo.

Me incorporé y me puse a caminar, cojeando, en la dirección por donde se habían marchado los campesinos. Aún veía sus pequeñas figuras a lo lejos, pero no tardé en perderlos de vista, pues caminaban mucho más deprisa que yo, que iba descalzo. Pronto me encontré andando a oscuras por un camino rural solitario y desconocido. Como no podía ver nada, me detuve a un lado. No recuerdo haber llorado, ni haberme desesperado. Probablemente estaba demasiado aturdido para darme cuenta de en qué miserable situación me encontraba. Sólo recuerdo que empezaba a hacer frío, mucho frío. Y yo no tenía abrigo.

Pasó una hora, quizá dos. Y de pronto vi acercarse por el camino una luz, que oscilaba hacia un lado y hacia el otro, mientras se escuchaban gritos, en polaco, de «¿hay alguien aquí?». Me entró miedo y me escondí entre los arbustos de la cuneta. Cuando la luz llegó a mi altura pude ver que la producía un fanal que sostenía un sacerdote de cierta edad y bastante gorda.

—Ave María Purísima —dije, de pronto, procurando contener el castañeteo de mis dientes. El sacerdote giró el fanal en mi dirección, iluminando mi triste figura.

—Sin pecado concebida —respondió. Y, a continuación—: Pero ¿tú eres cristiano, muchacho?

—Sí, padre. Soy cristiano y estoy bautizado. Mire.

Y le enseñé la pequeña cruz de plata que llevaba colgada al cuello con una cadena y que mis saqueadores no habían visto, quizá porque estaba debajo de la camisa, y no habían llegado a despojarme de ella.

—Virgen santísima. Ven aquí, muchacho —dijo el sacerdote, atrayéndome contra su pecho para abrazarme. Su sotana no estaba muy limpia y olía a una mezcla de sobaquina y sopa de col, pero a mí, en aquel momento, el suyo me pareció un olor sumamente acogedor.

—Esos brutos... —decía el sacerdote—. Me dijeron que habían abandonado a un niño judío moribundo que se había caído de un tren, lo cual,



por sí solo, ya es bastante barbaridad. Pero encima eres un buen católico. Eso sí que no tiene perdón.

—Sí, padre, soy un buen católico —contesté, deseoso de hacer méritos—. En Cracovia vivía al lado de la Basílica de Santa María.

El sacerdote me llevó a su iglesia, donde me dio de comer caliente, curó mis heridas y me proporcionó un sitio donde dormir. Se llamaba Thadeusz Podlevski, y lo llamaban «padre Thadeusz». Era un hombre bondadoso y algo glotón que ejercía de párroco en un pueblo cuyo nombre prefiero no revelar, por no avergonzar a sus actuales habitantes. El padre Thadeusz había visto a sus parroquianos regresar de la recogida de setas y le llamó la atención el elegante abrigo de mujer que transportaba uno de ellos. Al preguntarles dónde habían encontrado aquello, le contaron que lo llevaba puesto un niño que se había caído de uno de los trenes que transportaban judíos. Una mujer añadió que debía ser verdad que los judíos tienen pactos con el diablo, porque a pesar de semejante caída no se había matado. Así supo el padre Thadeusz de mi existencia, y había salido al camino a ver si me encontraba. Eso me lo contó en sus aposentos, al calor de la chimenea encendida, mientras yo devoraba un plato de *gulasz* y él ponía árnica sobre mis hematomas y restañaba mis heridas, que resultaron ser poco serias.

Le conté que era hijo de un polaco católico y una judía conversa, y que por esa última circunstancia, al parecer, nos habían deportado a mi madre y a mí como al resto de judíos. Porque para los nazis el ser judío no era una cuestión de religión, sino de raza. No le conté nada del diabólico conde, porque ni yo mismo estaba seguro de haberlo visto realmente. Más me parecía el producto de un sueño, o una pesadilla.

El padre Thadeusz me dijo que no me preocupara por nada, que él se haría cargo de todo. A la mañana siguiente, tras esconderme en la bodega (muy bien surtida, y no sólo de vino de misa; el padre era un gran consumidor de tokay y de krupnik, el licor de miel local) se fue a un pueblo cercano, a visitar a su párroco, con quien al parecer mantenía una gran amistad. Volvió con una partida de nacimiento falsificada, según la cual yo había nacido en aquella población (cuyo nombre tampoco mencionaré) bajo el nombre de Jerzy Kieslowski, hijo de Jurek Kieslowski y Sofia Podlevski, hermana del buen padre, lo que me convertía en sobrino carnal suyo. Objeté que los campesinos que me habían visto caer del tren sabrían que eso era mentira, pero el padre Thadeusz replicó que no me preocupara por eso, que gracias al confesionario conocía todos sus secretos mezquinos y vergonzosos, y la próxima vez que fueran a confesarse se aseguraría su silencio asustándolos un poco con el fuego del infierno. Además, a ellos



les conviene tan poco como ti y a mí, añadió el padre, que los alemanes se enteren de que en este pueblo se da cobijo a un niño judío fugitivo, porque las represalias podrían ser terribles, y lo saben.

Y así fue. Nadie en el pueblo se atrevió a contradecir al párroco cuando afirmó que yo era su sobrino, dejado a su cargo por su hermana. De todas formas, por precaución, no me dejaba ver mucho, apenas salía a la calle. Dormía en un camastro instalado en la sacristía. Aprendí a desempeñar las tareas propias del monaguillo y ayudaba al padre en la misa y a mantener limpia la iglesia. Pero, a pesar de mi reclusión, pronto pude comprobar que los trenes llenos de judíos pasaban con frecuencia por las vías cercanas al pueblo. Cuando se acercaba uno, los campesinos interrumpían sus tareas de recolección, se alineaban a lo largo de la vía y saludaban alegremente al maquinista, al fogonero y a los pocos guardias que formaban la escolta. Cuando los judíos que transportaba el convoy los veían saludar pensaban, como mi madre, que los saludaban a ellos. Entonces los ventanucos de los vagones se llenaban de brazos que se agitaban suplicantes, desesperados. A veces alguna madre o algún padre hacían lo mismo que había hecho la mía: lanzar a su retoño por un ventanuco, con la esperanza de que aquella gente que parecía tan amable cuidara de él. Otras veces, los ocupantes de los vagones conseguían arrancar las tablas del suelo, y por el agujero así practicado se deslizaba algún atrevido, sólo para estrellarse contra el balastro de piedra triturada, contra los rieles o contra el cable tenso que controlaba las agujas. Con no poca frecuencia las ruedas del convoy les amputaban algún brazo o alguna pierna y sus cuerpos mutilados rodaban barranco abajo hasta los matorrales. Entonces los campesinos se abalanzaban sobre sus cadáveres para arrancarles la ropa y los zapatos, con cuidado de no mancharse con la sangre contaminada de los no bautizados. Pues los campesinos creían que aquello que les pasaba a los judíos era el castigo que les había reservado Dios por haber crucificado a Jesucristo, por haber rechazado la única fe verdadera y por haber matado de forma despiadada a niños cristianos para beber su sangre. Decían que Dios se valía de los alemanes como instrumento de justicia.

Algunos deportados escondían dinero y objetos de valor en los forros de sus chaquetas o abrigos. Por eso los campesinos los desgarraban inmediatamente, entre forcejeos y riñas, pues la codicia los llevaba a enzarzarse en continuas disputas por hacerse con las mejores piezas. Una vez acabado el saqueo, abandonaban los cuerpos desnudos sobre la vía, entre los rieles, para que los encontrara la vagoneta automóvil tripulada por dos soldados alemanes que pasaba por allí una vez al día. Si sólo



había uno o dos cadáveres, los soldados de la vagoneta los incineraban allí mismo, vertiendo gasolina sobre ellos y prendiéndoles fuego. Si eran más, cavaban un hoyo en las cercanías y allí los enterraban.

Lo normal era que los fugados murieran enseguida a causa de la caída, o de las heridas producidas al ser arrollados por el tren. Aunque algunas veces alguno había tardado un poco más en morir. En esas ocasiones los campesinos rodeaban al moribundo, aguardando pacientemente, como buitres, a que expirase, ya que les daba cierto escrúpulo tocar los cuerpos de los caídos mientras aún estaban vivos. De todas formas, nunca tuvieron que esperar mucho, porque nunca nadie había sobrevivido, excepto yo: de ahí el miedo supersticioso que les inspiraba. El padre Thadeusz decía que mi supervivencia había sido un milagro que había obrado el buen Dios, quien en su infinita bondad había querido salvarme. Pero si su bondad es infinita por qué no había salvado a los otros, le preguntaba yo entonces. Seguramente porque los otros no son cristianos y no están bautizados, querido muchacho, me respondía él. Entonces Dios no quiere a los no bautizados, preguntaba yo. Y él respondía que Dios quiere a todo el mundo, pero que primero se ocupa de los católicos y luego del resto de la humanidad.

—Y hoy en día, con tanta maldad como hay suelta por el mundo, bastante trabajo tiene Dios sólo con ocuparse de los católicos —añadió.

Eso lo entendía, porque bien veía yo que el mundo se había convertido en un cruel infierno habitado por campesinos mezquinos y demonios con uniformes de Hugo Boss. Pero en el silencio y la acogedora penumbra de aquella iglesia, bajo la luz multicolor que se filtraba por los vitrales y hacía brillar majestuosamente los apliques dorados del interior del ábside, vigilado por los ojos polícromos de los santos en sus hornacinas, me sentía protegido y a salvo. Los muros de aquella iglesia parecían salvaguardar en su interior el único santuario de paz y armonía que existía en aquel convulso torbellino de horror, barbarie y guerra en que se había convertido el mundo. A veces, de noche, me arrodillaba en una de las capillas laterales, ante el Cristo del Sagrado Corazón, cuya imagen serena prefería a la que había sobre el altar mayor, donde se le representaba sangrante, crucificado, agónico, alzando al cielo, en muda y perenne súplica, su rostro inmovilizado en una mueca de sufrimiento infinito. Al altar mayor lo flanqueaban dos pinturas murales; una representaba el bautizo de Jesús en el Jordán y la otra, que me horrorizaba, representaba la decapitación del bautista. En esa pintura se podía ver, con minucioso detalle, el cuello limpiamente cortado, como un embutido, chorreando sangre sobre la escalinata de unas mazmorras, mientras el verdugo, blandiendo



aún la espada ensangrentada, depositaba la cabeza sobre una bandeja que sostenía un malencarado carcelero.

La imagen del Cristo del Sagrado Corazón, en cambio, ni estaba rodeada de imágenes espantosas ni expresaba dolor ni sufrimiento. Por el contrario, en ella el redentor, con una discreta sonrisa dibujada en su rostro sereno, extendía generosamente los brazos, como dándome la bienvenida. Y yo me arrodillaba ante aquel Jesús amable para agradecerle mi milagroso salvamento y rogarle por mi madre; pues ella, le recordaba, también había sido bautizada como católica. Asimismo le pedía que se apiadara del resto de los judíos que la habían acompañado en su viaje al corazón de las tinieblas, porque al fin y al cabo él también había nacido judío. Y aunque Jesús nunca respondió a mis plegarias, yo me confortaba pensando que me escuchaba en silencio y con simpatía.

Hasta que un día, en enero de 1945, llegaron al pueblo los soldados del Ejército Rojo, provenientes de la recién liberada Varsovia. Marchaban hacia Berlín —eso dijeron— dejando a su paso, colgando de los árboles como extrañas y siniestras frutas, los cadáveres de cuantos alemanes encontraban a su paso. La feroz saña con que los rusos trataban a sus prisioneros me pareció una expresión más de la infinita maldad que reinaba más allá de los muros protectores de la iglesia.

Para entonces ya hacía tiempo que los convoyes de prisioneros habían dejado de pasar por las vías cercanas. Pero un día, poco después de que el Ejército Rojo nos dejara, una niebla baja, como las que son habituales en primavera y en otoño, surgió de entre los bosquecillos circundantes y extendió sus largos dedos algodonosos por las callejuelas del pueblo. De ella surgieron, caminando de forma parsimoniosa y tambaleante, una horda de esqueléticos muertos vivientes. Venían siguiendo las vías, como regresando de donde habían ido los trenes cargados de judíos. Vestían holgados pijamas de rayas que me recordaron al que llevaba mi padre el día que renegó de mi madre y de mí, y sus ojos febriles brillaban hundidos en las cuencas de las calaveras descarnadas, apenas cubiertas por un fino pellejo. Al verlos, los supersticiosos campesinos corrieron, santiguándose, a encerrarse en sus casas. Aherrojaron las puertas, atrancaron las ventanas y desde las rendijas practicadas en los porticones espieron, muertos de miedo, a aquel ejército de espectros regresados del infierno para vengarse de los que habían saqueado sus cadáveres mutilados. Sólo el padre Thadeusz se atrevió a salir a la calle y acercarse a ellos. Les preguntó de dónde venían. Del infierno, le respondieron. De un infierno que se llamaba Auschwitz. El Ejército Rojo había



entrado en el campo de exterminio que llevaba ese nombre y los había liberado. Por eso los rusos trataban con tanta saña a sus prisioneros alemanes: porque habían visto el infierno que habían creado en la tierra, y eso les había horrorizado, y su horror se había convertido en rabia. Y quien lucha contra los monstruos corre el peligro de convertirse, él también, en un monstruo.

En mayo de aquel mismo año, la radio nos informó de que Berlín había caído, Hitler había muerto y Alemania se rendía incondicionalmente. En junio, el padre Thadeusz pidió audiencia en el arzobispado de Cracovia y me llevó con él. Allí hizo gestiones para conseguir una copia de mi auténtica partida de nacimiento, y así volví a ser Abraham Van Helsing. También me acompañó a la casa del *Stare Miasto*, la ciudad vieja, donde había vivido con mis padres y con Darvulia.

El edificio estaba en buenas condiciones, tal como lo recordaba. Pero la portera era nueva, una mujer joven y muy delgada —cuánta gente muy delgada encontraba uno tras la guerra— que no se acordaba de mí ni de mi familia. Nos dijo que el edificio estaba desocupado y que los únicos inquilinos que ella había conocido eran unos oficiales alemanes. Accedió al ruego del padre Thadeusz de mostrarnos la vivienda, que lucía vacía y desolada, porque todos los muebles y objetos que habían formado parte del escenario de mi niñez habían desaparecido. Algunas de las cosas se las habían llevado los alemanes, dijo la portera: el reloj de encima de la chimenea, el samovar de porcelana, la pequeña *menorah* de mi madre. Habían respetado los muebles, pero estos habían tenido que ser usados como leña para calentar a los supervivientes de Cracovia durante el invierno.

Recorrí las habitaciones desiertas. A pesar de estar tan vacía, y quizá porque yo había crecido mucho en estatura, la vivienda me pareció más pequeña de como la recordaba. Y quizá porque despojada de muebles y enseres no era más que un desolado cascarón hueco, me pareció mucho menos acogedora. Pero al abrir la ventana tocaron las tres en el reloj del campanario de Santa María, oí una trompeta tañer las notas del *Hejnał Mariacki* y una sensación de familiaridad me embargó. Al menos eso no había cambiado.

No encontramos en la casa ninguna pista que nos indicara qué había pasado con mi padre y la vieja Darvulia. Y como no tenía más parientes en la ciudad, pues mis abuelos paternos habían muerto poco antes de que estallara la guerra, y tanto mis abuelos maternos como el resto de mis parientes holandeses engrosaban las listas de las víctimas de los campos de exterminio, regresé al pueblo con el padre Thadeusz. Allí seguí durmiendo en el viejo camastro de la sacristía y ejerciendo de monaguillo, mientras



el buen sacerdote realizaba infructuosas gestiones para encontrar a mis padres o a algún familiar. Pero en toda Polonia no había ni rastro de Jakub ni de Miriam Van Helsing. Ni de miles de ciudadanos más, judíos o no.

—No te desespere, Abraham —me decía el padre—. Eso no significa necesariamente que hayan muerto. Todos los días se reencuentran familiares separados por la guerra. Y, de todas formas, sabes que mientras tanto aquí sigues teniendo un techo bajo el que refugiarte, un colchón sobre el que dormir y un plato del que comer. Y los tendrás tanto tiempo como los precisas.

Pasaron dos años más, durante los que aquella iglesia de pueblo siguió dando alojamiento a mi cuerpo y refugio a mi alma. Hasta que, tras mi decimoquinto cumpleaños, el año en que el Partido Obrero Unificado, bajo el mando de Bolesław Bierut, tomó el control del país y fundó la República Popular de Polonia, le comuniqué al padre Thadeusz mi deseo de convertirme en sacerdote. El padre se alegró mucho, y al día siguiente se puso en contacto con el cardenal arzobispo de Cracovia, Monseñor Adam Stefan Sapieha, quien durante la ocupación había mantenido un seminario clandestino en el que había estudiado quien es hoy en día nuestro Santo Padre, Karol Wojtyła. Yo aún era muy joven para entrar en el seminario mayor, pero Monseñor arregló mi ingreso en uno menor dependiente de su diócesis, en el que estudiaría hasta llegar a la edad adecuada para pasar al mayor.

Un seminario menor no es, en realidad, más que un colegio interno de enseñanza media donde los alumnos llevan una sotana por uniforme. Allí la vida era confortablemente ordenada, tranquila y discreta, como a mí me gustaba, y allí seguí sintiéndome confortablemente protegido, dentro del seno de la Iglesia, de todo el mal del mundo. Además, el ambiente de erudición y estudio que allí reinaba me complacía grandemente, pues sea por naturaleza, sea por tradición familiar, siempre he sido un estudiante aplicado, entusiasta de cualquier tema que captara mi interés. En el seminario este se orientó, poderosamente, hacia la filosofía, lo que atrajo la atención de mi profesor en esa materia, el padre Barrachina, un jesuita de origen español. Siguiendo su consejo entré, cuando tuve la edad adecuada para ello, en un seminario de la Compañía de Jesús. Ese parecía ser el destino natural para mí, pues en la orden fundada por San Ignacio de Loyola, a la sazón vanguardia intelectual de la Iglesia, podía satisfacer plenamente mis dos vocaciones, la sacerdotal y la de erudito.

Como todo buen jesuita seguí las carreras de filosofía y de teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, la universidad de la Compañía de



Jesús en Roma, a las que posteriormente añadí un doctorado en filología hebrea y sendas licenciaturas en psiquiatría y en derecho, especializándome en derecho canónico y derecho económico internacional.

Me hallaba en la Universidad Hebrea de Jerusalén, ultimando mi doctorado en filología, que consistía en un análisis sintáctico de los textos cabalísticos del rabino Isaac Luria, cuando me llegó la noticia de que el padre Thadeusz estaba muy enfermo. Aquel hombre tan bueno, que había dedicado su vida a servir a Dios, sólo tenía un vicio, la glotonería, y aquel único vicio le había provocado una diabetes que para cuando pude reunirme de nuevo con él en Polonia lo había dejado ciego. Mientras ultimaba mi tesis sobre Isaac Luria me trasladé a la Universidad de Cracovia para retomar mis aplazados estudios de psiquiatría. Estudiar en Cracovia me permitía estar más cerca del buen padre, al que la archidiócesis había ingresado en un hospital de la ciudad, pues su caso se complicaba con la continua aparición de la temible gangrena. Primero le tuvieron que amputar un pie, después toda la pierna hasta la rodilla, después el otro pie, después la otra pierna, después una mano, después un antebrazo, después el otro... cada vez que iba a visitarlo había un pedazo menos de él. Y cada vez el cirujano me informaba de que habría que cortar más, porque las extremidades seguían gangrenándose.

—Mi sangre está envenenada, hijo. Mi sangre está maldita —me dijo durante una de mis visitas. Ya no tenía brazos ni piernas. También le habían extraído los inutilizados globos oculares.

—No diga eso, padre. Nadie le ha maldecido.

—Sí, Dios me ha maldecido. Pero no sé por qué.

—Dios no le ha maldecido. Dios no maldice a nadie.

—Claro que lo hace. Lo hace continuamente. Y ahora me ha maldecido a mí, como antes lo hizo con los seis millones de judíos que dejó morir en los campos de exterminio. Al menos a ellos les concedió el alivio de la muerte. A mí me lo niega. Dios se complace en torturarme con todo el sadismo de un gato que juega con un ratón.

—No blasfeme, padre.

—Ojalá Dios se dignara matarme de una vez. Lo haría yo mismo si supiera cómo. Si tuviera piernas saltaría por una ventana, si tuviera brazos me cortaría las venas o me ahorcaría. Pero no tengo brazos ni piernas. Dios es malvado y perverso y se ríe de mí.

—Si tuviera brazos o piernas no estaría pensando en suicidarse. Y lo demás son desvaríos. Dios no puede ser malvado, porque de serlo alguien tan bueno como usted nunca se habría puesto a su servicio. Ofrézcale su sufrimiento.